

LAS TRES GRACIAS

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ LEÓN

XII CONCURSO DE CUENTOS "SALVADOR GARCÍA JIMÉNEZ".

GRACIA 1

Querido y admiradísimo Peter Paul Rubens:

Creo que este sería el encabezamiento adecuado para la carta que me gustaría escribirle y que le enviaría de inmediato, si aún hoy estuviera de moda esa costumbre magnífica de felicitar a distancia o de agradecer los servicios prestados a la humanidad en su conjunto. Pero mucho me temo que ya no es así. Las cartas, querido Rubens, para que usted lo sepa si es que le interesa, han dejado paso a una cosa que se llama tecnología, que es parecido a querer mucho a los peces de colores que compramos en el rastro los domingos para recluirllos en peceras redondas y alimentarlos cada mañana solo si nos acordamos o nuestras responsabilidades diarias nos lo permiten. No sé si me explico. Con otras palabras, le diré que la tecnología es algo semejante a lanzar una caña a un río para pescar la bota raída de Charlot, los restos pírricos de un dolmen o un bote de Coca-Cola proveniente de la Cuba castrista. Supongo que a usted, que ahora mismo está cómodamente postrado en ese universo nebuloso que le hospeda desde hace varios siglos, le costará mucho esfuerzo comprender qué es el muro de Facebook y por qué inexplicables razones un artista debe emplear una Web o un blog para publicitar y difundir su obra. Por el momento me niego a revelarle el significado de Web o blog. Solo le anticipo, por si más tarde tengo ganas de hablar de ello, que si hoy usted no utilizara estas herramientas tecnológicas, querido Rubens, sería un artista invisible e inexistente, no sé si me entiende. Si en uno de esos *lapsus* sobrenaturales, que se manifiestan solo en la fantasía fértil de la literatura, usted despertara fugazmente de su sueño eterno para darse un garbeo por este mundo nuestro que llaman actualidad, desearía no haber abierto los ojos y rogaría con todas sus fuerzas de hombre devorado por los gusanos crueles del paso del tiempo volver al santísimo lugar del que ha venido. Por si esto ocurre, si por un casual usted, querido Rubens, resucita de la vida muerta de la fama, me ofrezco a ser su cicerone durante un día, para que juntos, usted y yo, usted un engalanado fantasma flamenco y yo una de sus musas rollizas del futuro, visitemos un museo de arte contemporáneo. Créame, sin duda volvería a morir del espanto.

He aprendido mucho sobre usted hojeando la enciclopedia de arte que mi padre exprime para preparar sus clases de Bachillerato. Por las mañanas, cuando mis hermanas y mi padre se han marchado a buscar lo que tengan que buscar fuera y en casa reina el silencio hipnótico de la soledad, me hago un café, enciendo la radio y recojo de la cosecha de los 19 tomos de Salvat aquel que sobresalga un poco más que los demás, el último que fue usado y lo huelo y paso sus páginas deteniéndome si alguna de las

imágenes me cautiva. Así llegué hasta usted, gracias a un tomo titulado *El Barroco*. Supongo que las cosas suceden siempre así, miramos u observamos nuestro alrededor para detenernos y analizar después lo que nos interesa, creo que así funciona esto de la vida, como la tiranía de un azar. Pero le acabo de mentir, querido Rubens, no llegué exactamente a usted sino a sus cuadros, sus pinturas me vincularon a su nombre, aunque no soy tan inocente como para no saber que la obra es parte esencial del artista, es un miembro más, un tercer ojo, un segundo cerebro, una tercera mano, un segundo corazón que no se pudre y que pervive por siempre tras el paso lento de los años.

Yo ya conocía su nombre, Rubens. Mi padre es uno de esos viudos entregados a la educación de sus hijas que acostumbra a llevarnos de viaje por Europa. Mi padre confía ciegamente en que los viajes nos despierten vocaciones y estimulen nuestras conciencias. Mi padre cree que la cultura nos hace menos bestias y nos peina educación. Cree que si consumimos arte envejeceremos mejor, seremos más sabios y nos brillarán los ojos con esa ternura benevolente de los bueyes mansurroneos. Y por todas estas razones, nosotros cuatro, mis dos hermanas, mi padre y yo, hacemos colas turísticas ante los museos durante horas y horas, para que nuestras miradas se llenen de color y de movimiento o quietud. En varios de estos museos oí mencionar su nombre. Pero allí, frente a esos féretros cristalinos y supervigilados que son los cuadros, no le llegué a conocer de verdad. Supongo que vi su obra pero no recabé en su existencia. Los museos poseen la anomalía de la bastedad, hay demasiado que ver y nuestra atención es limitada. Después de contemplar siete u ocho cuadros nuestro cerebro se desordena, el agua de la cultura rebosa de sus límites y se expande hacia dónde sea provocando desorientación y caos, tal vez rechazo. He llegado a la conclusión de que yo comprendo mensajes si estoy sola, concentrada en mí misma. Mi padre se empeña en contarnos anécdotas sobre las obras, incluso las teatraliza o las gesticula, pero nosotras, manteniendo un falso interés, pensamos en nuestras cosas: en la hora terrible de nuestras menstruaciones venideras, en la belleza afrodisíaca de un turista rubio de ojos azules, en lo mucho que echamos de menos a mamá durante estos rituales de la cultura, mamá práctica con un sándwich o una barrita de chocolate preparada para que las horas culturales fueran más dulces y digestivas. En esos museos de la Europa opulenta escuché su nombre, pero no llegué a conocerlo realmente.

Fue, ya lo he dicho, hojeando el tomo *El Barroco* de Salvat. Pasando páginas me topé con un nicho de cuadros en el que aparecían distintos cuerpos femeninos, muy blancos, mujeres pálidas de movimiento curvo y sin embargo elegante, alegres de gesto,

con los ojos vivos y los labios rojos, mujeres felices pese a las cajas de carne que las encierran. Observando a esas mujeres rotundas, admirado Rubens, comprendí que usted era alguien que nos amaba en serio y que hubiera muerto por alguna de nosotras, un adelantado a su tiempo, el gran conocedor de la intimidad femenina. Así que al instante, sin saber muy bien por qué, me sentí estrechamente ligada a usted y a esa forma jubilosa de considerarnos a nosotras, las mujeres orondas, las gordas, las repudiadas por la sociedad tecnológica de la imagen. De todos ellos, un cuadro me llamó especialmente la atención. Al descubrir su trío de gracias, el corazón me palpitó con la incertidumbre de un miedo irracional, un efecto asombrosamente extraño originado después de verme reflejada, junto a mis dos hermanas, en el espejo de su pintura y eso, créame, querido Rubens, impone y atemoriza una barbaridad.

GRACIA 2

customerservice@marcjacobs.com

Estimado Marc Jacobs:

Antes de nada, le pido perdón por escribirle este e-mail en mi propia lengua, el castellano. Sé de sobra que usted nació en Nueva York y que, con bastante probabilidad, no entienda mi idioma, pero sucede que yo, aunque alumna de Bachillerato de un Instituto bilingüe de la Comunidad de Madrid, no estoy segura de poder expresar en su lengua todo lo que reconcome por dentro, todos mis deseos y anhelos que, para que vayamos entendiéndonos, son el propósito real de este correo. Dejándome llevar por mi carácter optimista, he pensado en pedirle a mi profesora de inglés, a quien adoro pese a que no logro superar el 6,25 en sus exámenes, que me lo tradujera una vez escrito, pero he desestimado la ocurrencia porque tampoco es bueno, según me aconsejaba mi madre, darse a conocer tanto a personas alejadas de nuestro círculo. He pensado también entregárselo al traductor de Google, pero no sé si será una buena idea. Confío en que usted, como tantísimos norteamericanos, conozca mi lengua y le apetezca zambullirse en la sinceridad de mis palabras, porque si no va a ser bastante difícil que nos entendamos usted y yo.

Yo, para ir entrando en el meollo del asunto, deseo ser modelo. Sí, como lo oye, me gustaría que cientos de ojos y cámaras de televisión y flashes fotográficos devoraran mi cuerpo al compás de mis pasos mientras me desplazo garbosa y sonriente por una pasarela. Tengo que decirle que me gusta que me miren y disfruto cuando descubro que una mirada ajena se detiene en alguna parte de mi cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo

o centrándose en algunos de mis múltiples michelines. Así es, se lo acabo de confesar de buenas a primeras, no quiero andarme con tapujos ni con mentiras que luego puedan repercutir en el sentido final de mi mensaje. Soy gorda. Escribo *soy gorda* y no *estoy gorda* porque tengo asumido que lo mío no es un estado pasajero, sino que soy y seré así, gordita, lozana, frondosa o exuberante, como quiera usted llamarlo. A mí me da igual la palabra que se emplee para definirme, hace tiempo que me despojé de mis complejos, después de luchar con fuerza contra los murmullos y los bombardeos indiscriminados de los prejuicios. Es cierto que no siempre fui feliz con mi peso, ni estuve siempre de acuerdo con las matemáticas de la báscula, todo el mundo sabe que los niños juegan a la crueldad igual que si se balancearan en un columpio. Es difícil, como usted podrá imaginarse, hacer comprender a los demás que no eres una enferma, que lo que te ocurre no es ni vírico ni contagioso sino que, al contrario, es un síntoma visible de salud bien entendida. En mi caso, tengo que informarle, ahora que me estoy abriendo a usted como la alfombra roja de una larga pasarela, que yo superé pronto mis complejos. Sin duda, me ayudaron mis dos hermanas, que son como yo, pero sobre todo mamá, a la que echamos tanto de menos y a la que le encarnaba ese valor a la baja de ser rotunda y coloradota, hermosa y alegre, dicharachera y feliz con la cuota breve de vida que le tocó en suertes. Su forma de comportarse en la salud y en la enfermedad fue para mí un ejemplo perfecto de cómo debía yo afrontar los obstáculos que aparecieran en lo sucesivo ante mis pasos. Lo mío, lo nuestro, es resultado de una herencia genética y hay que aceptar siempre con una sonrisa de satisfacción lo que nos regalan nuestros mayores.

He de reconocer que no he presenciado ningún desfile suyo, ni le conocía a usted antes de la semana pasada, cuando buscando noticias sobre Miley Cyrus apareció su nombre, Marc Jacobs. No me avergüenza reconocer que admiro a Miley Cyrus y que sigo su trayectoria artística desde que era una niña. Para mí es una especie de alma gemela con la que he crecido, probablemente el personaje público con el que más coincidencias comparto. Sé que mucha gente considera a Miley Cyrus un producto, una marioneta orquestada por un ventrílocuo que estudia y ejecuta cada uno de sus actos. A mí, aunque confieso que cuando era Hannah Montana me parecía estúpida y cursi, me gustan sus canciones, pero más aún me agrada esa imagen que difunde de mujer provocadora, una mujer que aprovecha sus recursos y gestos carnales para levantar protestas o admiraciones o censuras o lo que sea. Miley Cyrus es el antídoto contra la indiferencia, un ser humano necesario para una sociedad cada vez más correcta y

estancada. Cuando vi por vez primera el clip de esa canción suya tan conocida, *Wreckling ball*, en el que una Miley desnuda, subida a una bola de demolición, destrozaba una pared mientras lloraba un amor perdido, supe que aquel vídeo era una metáfora constructiva que escondía el mensaje de que la fuerza de la mujer es inmensa, capaz de derribar cualquier obstáculo que se interponga en su camino. Y, como ya le he dicho antes, rastreando información sobre ella apareció su nombre, Marc Jacobs, diseñador de moda norteamericano, quien había elegido a mi admirada para que fuera la imagen de su campaña primavera-verano de este mismo año.

Ahora sé algo más de usted, Marc Jacobs. He visto en fotografía la ropa que diseña y tengo que felicitarle. Es alegre y discreta, juvenil y cómoda y dan ganas de ponérsela. Y sobre esto mismo, sobre el tema de ponerme su ropa y desfilas con ella, trata toda esta palabrería que voy dejando escrita para enviársela ya mismo, cuando agote lo que pretendo decirle, lo poco que me queda por comentarle. Porque, como usted ya sabrá, en la vida no todo van a ser alabanzas. Todos somos imperfectos y usted no supone una excepción, permítame que se lo diga. También así se aprende, asumiendo las críticas que nos hacen los demás. He comprobado, mirando las fotos de sus desfiles, que todas y cada unas de sus modelos son extremadamente delgadas, recomidas de carne y huesudas, mujeres quebradizas, como bañadas en cristal, incluida mi querida Miley Cyrus. Le sugiero, y no se lo tome como una osadía descabellada, que organice un desfile con mujeres lozanas y exuberantes, como lo soy yo. Por mi parte, le prometo la sonrisa más cautivadora que nunca haya visto sobre una pasarela. Iluminaré la sala con esa felicidad que no logra extraerle a sus modelos y le entregaré mi mirada sincera y parte de mi belleza y algún que otro movimiento de mujer tocada con la varita mágica del optimismo y la alegría. Usted es homosexual, y como tal pertenece a una minoría repudiada y perseguida, como casi siempre lo somos nosotras, las gorditas. Anímese y haga algo artístico y verdaderamente valioso para la humanidad en su conjunto.

Pd: Adjunto unos cuadros de Rubens por si le despiertan la inspiración.

GRACIA 3

Comienzo este ejercicio, amado Nadie, en clase de Lengua, siguiendo las pautas que nos dictó ese profesor tan chabacanamente extraño, empeñado en hacernos creer que escribiendo estas cosas, si en verdad nos lo proponemos, nuestros cerebros expulsarán vetas de creatividad, sputniks literarios, para que nuestra mano las inmortalice sobre la laguna blanca del cuaderno. Nos pidió el retrato de algún compañero de clase,

explicándonos que nuestro cometido era entrelazar la descripción física y la psicológica. Como si fuera sencillo lo de bucear en el alma de alguien, adentrarse sin permiso en sus profundidades para captar su esencia, tal vez una esencia que el elegido quiera mantener intacta, a salvo de exámenes intrusos. ¡Como si fuera fácil alcanzar la verdadera realidad de alguien! Yo te he elegido a ti, amado Nadie, un nadie que sin embargo es alguien, y cuyo nombre de momento oculto, un alguien que está siempre aquí conmigo, revoloteando sobre los juncos de mi corazón como una libélula verdeazulada.

Antes de intentar dibujarte con palabras, quisiera presentarme a mí misma o esbozar mi autorretrato, decirte dos o tres cosas sobre mí que tal vez no sepas, que acaso no sepa nadie. Soy huérfana de madre y esto, aunque no sea algo que me defina a mí en exclusiva, significa que tengo las manos de hacer caricias como embalsamadas en yeso, que soy manca de corazón y que he sido fuente de llorar en cada uno de los rincones en que mi madre se sentaba a esculpir figuritas con migas de pan húmedo. Tengo que decirte que la tristeza es un globo que se me infla por las noches bajo la garganta y que si miro sus fotos antiguas una espina se me clava en las junturas de los huesos, provocándome uno de esos dolores como de caerse por un pozo. Este es mi Hyde. Pero también albergo un Jeekyll que consiste en reírme así por todo, de repente, arrebatada de una alegría innata que no tiene explicación ni se la busco. Te diré que soy un muro para los secretos, que sé escuchar y armar el puzzle de las debilidades y que, si se presenta la ocasión, adoro darle un abrazo a quien sea sin pedir nada a cambio. Y que amo, terminaré diciéndote que estoy dotada para el amor igual que otros poseen el don de contar chistes, la inmensa fortuna de ser arrebatadoramente hermoso o la costumbre ridícula de bailar cada noche sin descanso en una discoteca de moda.

Continúo el ejercicio de tu retrato dos clases después, amado Pedro, en el aula de dibujo. Estoy comprobando en mi propia piel cómo esto de escribir me envalentona, me transmite una osadía de la que carezco en la vida lejos de la ficción. Y así, valiente, escribo tu nombre, Pedro. Confesaré que te estoy observando, mientras escribo esto levanto de vez en cuando la mirada y te miro y descubro cómo la melena te oculta el rostro que imagino encendido de vigor porque estás dibujando, metido en la burbuja del arte que implica prescindir del tiempo y del espacio. Y miro tu mano, una mano larga y blanca que sostiene un lápiz que se mueve como una lagartija, que furioso parece librarse del poder de la mano para trazar a su antojo líneas y curvas, el nacimiento de una imagen cualquiera. Me gustaría estar más cerca de ti para asistir al parto lento de tu

dibujo, un milagro, pero me conformo con imaginármelo desde la distancia, emocionada por ser un testigo privilegiado de tu propia creación.

Me encanta que ignores, amado Pedro, las instrucciones del profesor de Plástica para que proyectemos una perspectiva caballera. Mientras los demás, el resto de corderos mansos de la clase, obedecemos escuchando y tomando apuntes inútiles, tú sigues con lo tuyo, ajeno a las reglas, dando forma a tu propia perspectiva, el dibujo que acabas de comenzar y que va creciendo como un pastel dentro de un horno. Ahora, si tuviera el coraje necesario, me levantaría y situándome a tu espalda, dejaría caer suavemente mis manos sobre tu cuello y te daría el masaje que te mereces al tiempo que contemplo tu trabajo. Sueño muchas noches con ello, amado Pedro, y también con besar tu boca y dormir contigo después de habernos amado mucho durante una tormenta.

¡Qué vergüenza!, amado Pedro. Ahora soy consciente de que tendré que leer ante todos este retrato tuyo y aún no he sido capaz de describirte. Quizás la tarea sea imposible y el ejercicio sea tan ridículo como contar las briznas de hierba de un jardín. Diré para calmar las ansias de los oídos atentos del resto de la clase que admiro la relación que existe entre los objetos y tú y la ternura con que miras las cosas insustanciales que te rodean y la reserva con la que expresas tus sentimientos más profundos. Me gusta que tus gestos y movimientos sean moderados, como si estuvieras siempre quieto o te diera miedo desplazarte más allá de ti mismo. Me cautivan tu fama de joven problemático, tu lunar en el lóbulo de la oreja, la coquetería con la que te apartas el flequillo de la frente con un estudiado cabeceo. Te imagino durmiendo en la luna, viendo inútiles programas nocturnos de televisión, palpando la única planta que habita en tu casa, seguramente un cactus.

Ya es suficiente. Creo que he traspasado los límites del ejercicio y te he retratado, amado Pablo, retratándome a mí misma. Me siento vacía pero feliz. Siento cómo las tripas me alertan de que ya no hay nada allí dentro excepto el peligro de la vergüenza. Es posible que ahora mismo, mientras leo y te leo, esté roja de pudor, expuesta a comentarios y rumores, íntegramente desnuda para que alguien como tú, amado Pablo, el artista, un ser especial, me dedique una mirada o dos simples palabras o se decida a pintarme tal cual soy, una mujer enamorada.